

una que se levanta con un erguimiento que sobrepasa a todas las otras. Y en los hombres, la tensión espiritual y física se da lo mismo. Se hace en el que la posee al máximo, como por un destino más fuerte o un azar más llameante. Es natural que este linaje de seres choque y casi escandalice a los seres pálidos, disminuidos, cuyos arcos vitales no son elásticos ni vigorosos, y cuyos dardos ni están encendidos, ni cubren temerarias distancias. Hay quienes no se contradicen nunca, porque jamás se polarizan en una actitud dialéctica manejada por enconados opuestos. Hay quienes no brasefeman, no por dueños de fe mayor sino por más cobardía y timidez en el estallido humano de una fe polémica. No así Gabriela en sus choques dramáticos como cuando se enfrenta a su Dios a rogar por el suicida a quien amó hasta el delirio, por el suicida ansiado, que extirpó en sí mismo la obra del Creador negándolo con su propia muerte. Y Gabriela blasfema, Job en mujer, cuando sufre la vida como tragedia, cuando pone la pasión sobre la resignación. Está sobre ella la mirada de Dios, la siente la sufre tal vez; es una luz y una orden luminosa que le debe enlazar el destino para someterla, pero ella no se niega a sus sombras, y se aprieta a ellas como si las amara por ser suyas y por haberse desprendido de su dolor desgarrado. Así habla la sangre, así habla la sinceridad, así habla el ser intenso, así cree a su modo, como en un desafío a las potencias del misterio, y así también su fe es más grande que las fáciles santidades de los que casi no viven por no atreverse con el drama contradictorio, paradójico y absurdo que es la vida, donde a veces el caos titánico, pero de honda verdad está asaltando el orden sublime que desciende las alturas.

Había en Gabriela una desigualdad de sangres que acaso provocó una desigualdad de impulsos. Pero ambas sangres eran sangres de cordillera. Una, pirenaica, férrea, voluntariosa, tensa e implacable en el designio, capaz de la aventura hasta rodear el planeta o atravesar las selvas del Nuevo Mundo, árbol tras árbol, río tras río, montaña tras montaña, la cruz en la mano, la espada al cinto, clavando como lanzas nombres hispánicos sobre los nombres indígenas. La otra, como ella misma lo dijera, sangre quechua, tostada por mil soles de América, vencida hacia afuera, pero invencible hacia adentro, donde el indio lleva tras los siglos de la conquista el tácito enigma de su propio ser, como un tesoro que jamás será entregado. En ese bronce vivo hierve un alma primaria, sencilla tal vez, pero con profundi-

dades que se abrazan a la naturaleza que se identifican con lo telúrico, que se definen con el color planetario y con la sonoridad de la montaña y del río. Ningún paso tan hondo como el paso del indio sobre la tierra, y ese era el enigma de la marcha arcana de Gabriela, que yo seguí, curiosamente, cuando recorrí con ella algunos de los alrededores de Montevideo.

Poned esa ambivalencia espiritual, lograda con dos afirmaciones tan energéticas del carácter, ante la naturaleza chilena; colocadla ante el vértigo de la cordillera, en la comba sombreada y verde de los valles, en la dentada crispación de las costas oceánicas; levantad, sobre la trinidad cósmica de ese paisaje, un cielo puro de infinito ahondamiento, de un azul metálico; rodead las montañas por las catedrales de las nubes, a veces fijadas como árboles, a veces rozando veloces la nieve, la roca y las arboledas de las alturas; haced descender desde los montes ríos de delirio, ríos de avance agónico que abren paso a sus aguas entre los titanes de piedra que los mismos caudales arrancan de sus costados pétreos; erigid en el océano las olas de enormes pechos que acuestan una plata única en los arenales, o crepitan cristales repentinos en los peñascos... y entonces comprenderéis el tono de los poemas de Gabriela. Ella es a la vez el espejo lúcido y acústico de esa prodigalidad geológica. Bebe las nubes, imprime montañas en los talleres de la imaginación, los ríos próceres le dibujan los nervios, la cordillera la levanta hasta su nieve, y como arcos de la tierra, sus curvas la proyectan hasta el cielo; ve los rayos carbonizando el dorso de las rocas o incendiando selvas en los hombros de los cerros, recibe en las pupilas azoradas el golpe azul de las olas; ve desmoronarse el peñasco desarraigado de sus cimientos; contempla cárdenos o purpúreos ocasos mientras la última sangre del sol se derrama por las neveras. Y hacia abajo en lo invisible, hay una voluntad plutónica que de pronto hace vibrar la piel de la tierra, como si un sufrimiento la estremeciese. Y Gabriela es eso mismo trasmutado en espíritu, es todo ese drama grabado en sus entrañas humanas. La grandeza y el patetismo de tales signos forman su propia grandeza y su propio patetismo. Y es así, porque su sensibilidad es abierta y porosa, y la impregnación de ese paisaje único, modela su carácter y se precipita en su voz transmitiéndole a su canto esa asperidad de desgarramiento, que a veces, en la reconditez femenina de su alma, como por vencimiento y contraste, da la flor delicada la miel y la ternura, el amor delicioso y

fino, a modo de un desquite, porque también allí hay miel, irrumpe la rosa en toda su gracia, y la mínima hierba abre menudas florecillas que los pájaros rozan con su plumaje.

Había en el ser físico de Gabriela Mistral un vigor que sólo se atenuaba al pasar por él una virtud amorosa que en ella era permanente. La frente se le arqueaba sobre el rostro en una curva perfecta, limpia de luz a pesar de las tempestades que por momentos la recorrían. Por encima de la frente, un cabellera de abismo, semiondulada, vigilando, henchida de misterio, la aguda luz de los ojos, altos y nobles, bajo las alas de cóndor de sus cejas. La nariz aquilina aprobaba las extendidas mejillas de tostado color, cual si siempre viajase en busca de los aromas más sencillos y humildes de los campos. Los dientes unidos, dibujados a cincel, en el rojo borde de las encías. La boca grande, delineada sin miedo, donde cupieron todas las expresiones y donde vibran a fuego todas las palabras de nuestro idioma, desde las aldeanas, a ras de la tierra, a las místicas, a ras del cielo, desde las que se hundían en la miel, hasta las que se sumergen en la sal de la sangre sobre la amargura de las heridas. El mentón, a dos líneas y a dos planos. Entrando desde el labio hasta el hueso, hacia abajo, y subiendo con energía en el guijarro de la voluntad, donde se extrema el rostro.

A veces inclinaba el cuello, como quien escuchase las voces que vienen desde abajo, donde se abisma la ceniza de la muerte y donde se levantan los jugos de la vida. No es que la cabeza pesara con peso de roca, sino que tenía la costumbre de la meditación, y tal vez un hábito de humildad con el que desmentía un no ausente orgullo. Una cosa de espíritu indecible se irradiaba de sus gestos, una parsimonia ungida de profundidad, una ternura que no velaba la energía, una sencillez que era como una flor inclinada desde un poder que se humilla, sólo por no herir, por no ostentar una grandeza negada a tantos seres, para los cuales su corazón era una ciudad piadosa.

El cuerpo era la digna columna de aquella testa soberana. Alto, de abierto contorno, trazada en madera de cedro que no en duro granito, cubierto de largos ropajes en donde la sobriedad del color denotaba la seriedad y la honradez del gusto. Tenía el reposo del silencio, una majestad movida de bondades, como si toda su estatura fuese el vaso de su corazón, y éste mismo lo hubiera labrado para caber el él con su íntima y madura generosidad. Movíase como un